

BUEN HUMOR



40 CENTIMOS



EL.—Yo, para casarme, necesito una mujer que sea buena, guapa, rica y tonta.

ELLA.—¿Y por qué?

Ayuntamiento de Madrid

EL.—Porque si no es buena, guapa y rica no me caso con ella, y si no es tonta no se casa conmigo.

Dib. SAMÁ — Madrid



BUEN HUMOR



PRECIOS DE SUSCRIPCION

(PAGO ADELANTADO)

MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números).....	5,20 pesetas.
Semestre (26 —).....	10,40 —
Año (52 —).....	20 —

PORTUGAL, AMERICA Y FILIPINAS

Trimestre (13 números).....	6,20 pesetas.
Semestre (26 —).....	12,40 —
Año (52 —).....	24 —

EXTRANJERO

Unión Postal

Trimestre	9 pesetas.
Semestre	16 —
Año	32 —

ARGENTINA (Buenos Aires)

Agencia exclusiva: Manzanera. Independencia.	856.
Semestre	\$ 6,50
Año	\$ 12
Número suelto	25 centavos.

Agencia en Cuba para la venta: Compañía Nacional de Artes Gráficas y Librería, S. A. Apartado 605. Habana

REDACCION Y ADMINISTRACION

Plaza del Angel, 5. - MADRID. - Apartado 12.142

Los famosos

polvos insecticidas

LEYER Y COMP.^A

Son infalibles para la destrucción de toda
clase de insectos

NUESTROS CONCURSOS

El del mes de julio

TERCERA SERIE DE SOLUCIONES

M. Pardo (Bilbao):

Como es costumbre en todo banquete "hacer" un rato de "sobremesa", este señor es más original: hace "bajomesa".

Pilar G. G. (Valladolid):

En un café extranjero:

El de la mesa.—¡Mi venerada suegra! No me acordaba de la baja de la peseta, y por no poder pagar el café y copa tengo yo que verme tan bajo como ella.

El camarero.—¡Pues si esperas a que suba en esa posturita...!

Amparo González (Valladolid):

El camarero (que ve el truco del cliente por no pagar).—¡Caramba, se ha metido debajo de la mesa un gatito!

El cliente (mascando la pipa de rabia).—¡Mi bisabuelo materno! ¡Confundir al barón de Tresbolillo con un minino!...

Luis Cañero (Avila):

La tragedia del señor que no puede prescindir de los palillos de dientes en los "restaurants" lujosos.

Manuel A. Ariño (Sevilla):

Bergstrom, tú ya lo vez, que por no verlo me escondo, la cabeza yo supongo "se las dibujao" al revez.

Emilia García (Coruña):

Por limpiar los dientes sucios se esconde bajo el mantel, de esta forma el camarero no se los puede ya ver.

Jesús González (Valladolid):

El de la mesa.—¡Maldita sea mi suerte! ¡Qué un hombre de mi linaje descienda a esta situación!

El camarero.—Este tío es un granuja o un solemne guasón.

José G. de Herreros (Zaragoza):

El señor.—¡Lo que es la educación

es bien incómoda, y todo por no dejar que se use el palillo en público!

El camarero.—¿Qué diablos hará ese grosero debajo de la mesa?

Alfonso Gil B. (Barcelona):

El camarero, complaciente.—Si el señor quiere limpiarse los dientes, no se debe molestar en ocultarse; precisamente el verano pasado estuve viendo los Alpes.

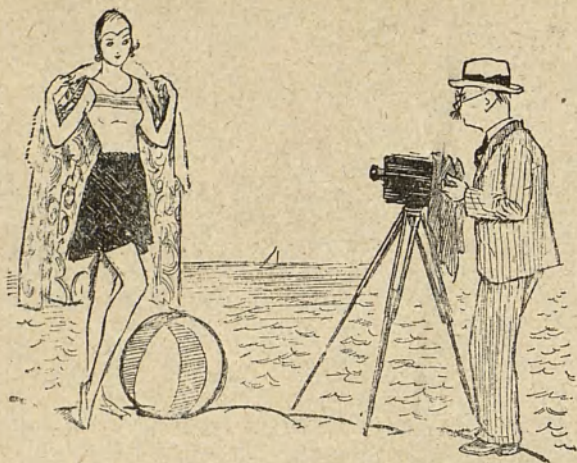
León Cembrano (Madrid):

El camarero Ginés sin duda por distracción, lleva la cara al revés, en la presente ocasión. Don Zenón se ha dado cuenta, bajo la mesa se esconde, y de risa se revienta sin saber cómo ni dónde. Es un gran equilibrista, pues don Zenón está en vilo, no pierde a Ginés de vista ni al filete que es de "kilo".



La mujer, antes de empezar a bañarse.—¿Por qué no me esperas, Felipe?
El marido, señalando a la joven bañista.—Perdona; ¡creí que ya estabas en el agua!

(De The Humorist.)



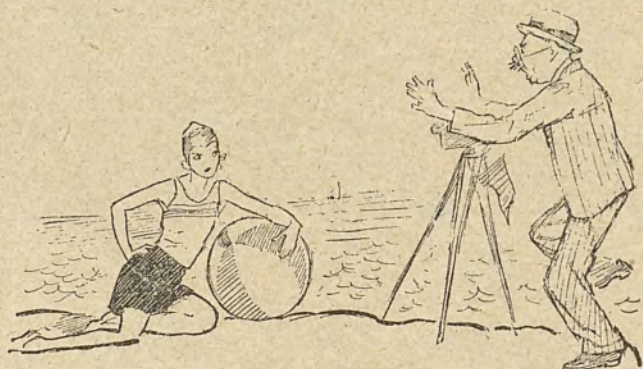
—Ahora, señorita, pruebe a colocarse con cierta elegancia...



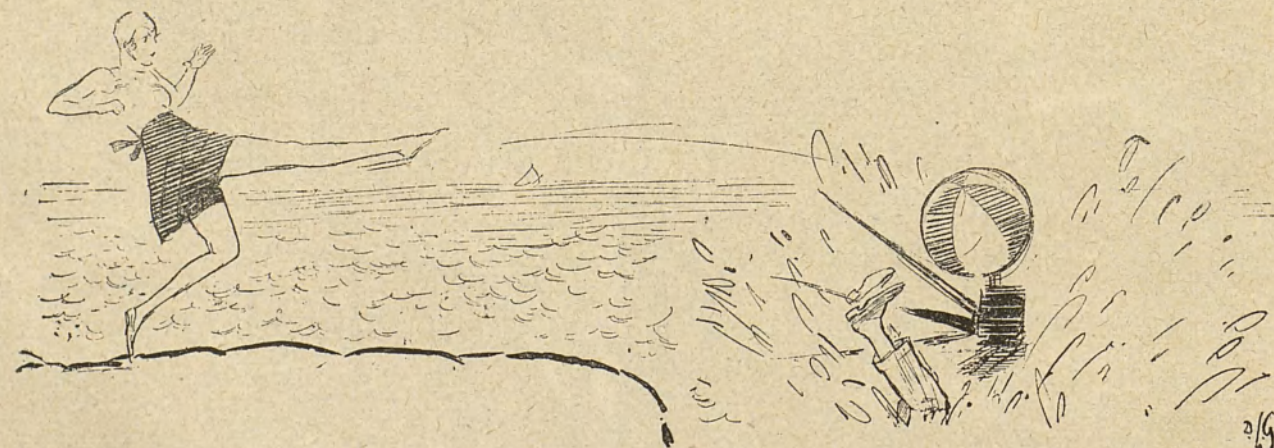
¡Oh!, no; esto está muy visto; pruebe algo más espiritual..., más...



no; mejor será que se ponga reclinada sobre el balón...

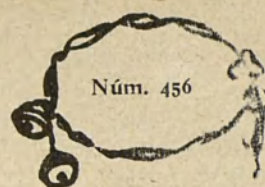
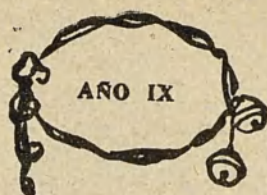


tampoco; pruebe una situación más enérgica..., más...



—¡Perfectamente!... ¿Qué le parece esto?

(De The Humorist.)



EL ARRASTRADOR DE TUTE



Hay entre las diversas especies zoológicas de hombres una muy conocida y que se da por todas las provincias españolas. Ignoramos si se encuentra también por esas tierras lo mismo que se encuentra por España; pero aquí, desde luego, es endémico; es un producto indígena seguro que florece en todas partes: el hombre que da golpes en la mesa para hablar o para jugar, como el jugador de tute cuando arrastra.

Los golpes de este hombre no son unos golpes cualquiera; son golpes que se dan colocando la mano del revés, arqueándola de un modo peculiar, y dando el golpe en el tablero de la mesa, con el envés, con los nudillos.

Es una costumbre, sin duda, que proviene del juego de naipes; los que juegan al tute "arrastra" la practican de un modo constante y con energía sin igual. Hay uno que echa copas sabiendo que el otro está fallo; y echa la carta dando un golpe en el tablero como diciendo: "¡Ahí te va; para que te chinches y falles!..." El otro contesta a su vez con otro golpe más fuerte, como diciéndole: "Pues ¡sí!; pues ¡fallo!, y ¿qué?... Y ahora voy y te echo bastos, ¿qué te has figurado? ¡Bastos!..." Y el otro, al tener que echar bastos, arrecia más en el golpe para dar a entender: "¡Sí, hombre, sí!; no me achantas... Te echo bastos y te arrastro, ¡y ahora voy a echar más co-

pas!..." No despliegan los labios, no se inmutan, parecen estatuas hieráticas; pero aquella quietud muda agrava y da más emoción al duelo espeluznante que se está manteniendo en silencio. Los golpes de los que juegan son los que dan idea de la tremebunda tensión de aquellos perros de presa, que mantienen contenida una intención feroz de triturarse... Allí se está cruzando un diálogo de mastines:

—El siete de espadas. ¡Anda, muere el polvo!...

—Para tu siete de espadas tengo yo un cuatro de copas...

—Y para el cinco de oros, ¿qué tienes..., di..., valiente...; ¡atrévete

a fallar si es que eres hombre!...

—¿El cinco tú? Pues yo, ¡el seis!...

—Y yo, ¡el siete!...

—Pues yo, ¡¡el ocho!...

—Pues yo, ¡¡¡el nueve!...

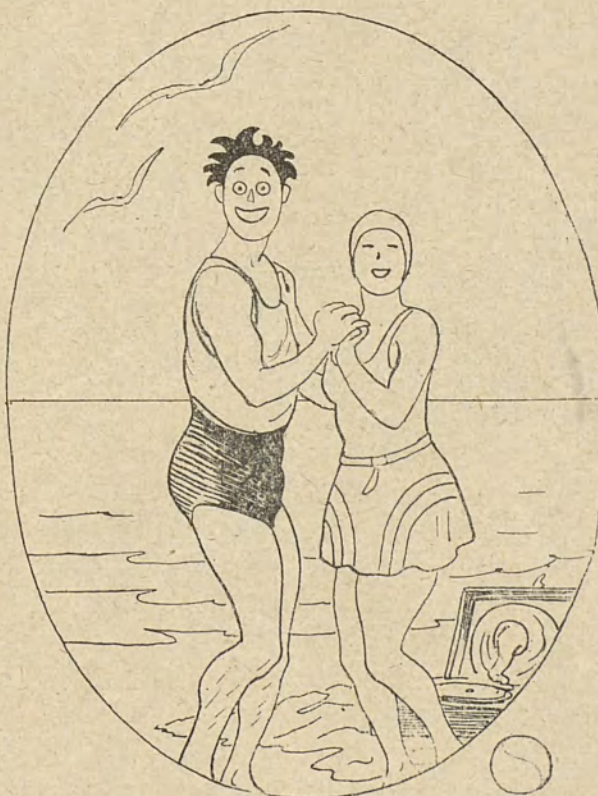
—Pues yo, ¡¡¡¡el diez!...

Quisieran que la baraja llegara al noventa y cuatro... Y ya que no pueden ir las cifras de los naipes en aumento, van en crescendo los golpes... ¡Son horrendos..., dentelladas!... Salta, primero, el tablero; después, el pavimento; después, el edificio; después, la comarca toda... Sobrecoge y atraganta y congela la sangre en las venas... Un golpe un poco mayor y el planeta estallará por la horrisona explosión de aquellas energías a presión y frente a frente...

explosión de aquellas energías a presión y frente a frente...

Pues la forma de dar en la mesa de los jugadores de cartas ha pasado a los demás, y todos colocan la mano, al argumentar y discutir, como si lanzaran allí sobre la mesa un naipé apocalíptico y fulmíneo.

Hay un tipo especialísimo de golpeadores de mesas que no pone la mano de ese modo; pero que es característico: el jugador de dominó. Este juega sobre mármol, y como emplea marfil en vez de naipes, es un pugilato de chasquidos que parece que van a hacer añicos el mármol y el firmamento... Cualquiera diría que juegan a partir las condenadas fichas... ¡Quién había de creer que todo aquello, aquel paroxismo creciente, cada vez más frenético y horrisono, pueda tener por objeto poner una ficha blanca pegandito con otra también blanca!...



Dib. SILENO.—Lourido.

Pero, en fin, el golpe genérico, la forma castiza y académica del golpe clásico y de ley, se ha de dar sobre la mesa con la mano colocada en posición de arrastrador fiera de tute.

No hay argumento que no adquiera una fuerza contundente, incontrovertible, aplastante, cuando se acompaña del golpe de "¡arrastrao!"... Tanta fuerza tiene el golpe, que los arras-tradores de tute, cuando argumentan, prescinden casi siempre de la argu-mentación: no es ésta la que ha de tener fuerza; con que tenga fuerza el golpe, basta y sobra.

Y ¡no digamos nada cuando la ma-no que arrastra posee en el dedo me-ñique unos anillos con brillantes! En-tonces ya el "arrastre" adquiere la cúspide suma de lo incontrovertible y decisivo. Los anillos dan un postín, una jerarquía al que argumenta, un prestigio de opulencia y de ricachón

dominador, que refuerza y remacha el golpetazo, dejando boca abajo al mundo entero.

El golpe de "¡arrastro!" puede ser aplicado a cualquier cosa; pero se apli-ca, sobre todo, a dos cuestiones, pre-dilectas una y otra del arrastrador de tute: la política y los negocios.

El para los negocios es un águila; nada de fantasías: a lo práctico... "¡Yo voy, y ¡zas!, y ¡zas!... A mi no... "A toca teja".

Y el golpe de "a toca teja" resuel-ve la cuestión, dejando boquiabierto al auditorio, y casi palpando allí los di-neros contantes de aquello.

Pero en la política es mejor: en la gobernación de los estados es donde alcanza la suprema perfección el gol-pe de "¡a raja tabla!"...

El arrastrador de tute suele ser dic-tatorial. Emplea un sistema político rotundo y expeditivo: "Yo voy y

¡cuatro tiros!..." Si es hombre con-servador, como si es ácrata, igual: cuatro tiros para abajo, cuatro tiros para arriba; y... golpetazo en la mesa.

"Yo eso lo arreglaba en tres minu-tos: llamaba a los cabecillas de la Casa del Pueblo, y ¡zas, zas!..., ¡cua-tro tiros!... ¡A otra cosa!..."

O bien:

"Porque eso de la peseta y de la cuestión social se arregla de la noche a la mañana el día en que salga uno "fetén" y diga a los patronos y al ministro y a sus yernos: "Esto s'aca-bao... O sueltan ustés la mosca, o a usted, a usted y a usted, a cada uno, ¡cuatr tiros!..."

Y "arrastra" sobre el mármol de la mesa del café y todo el mundo asiente...

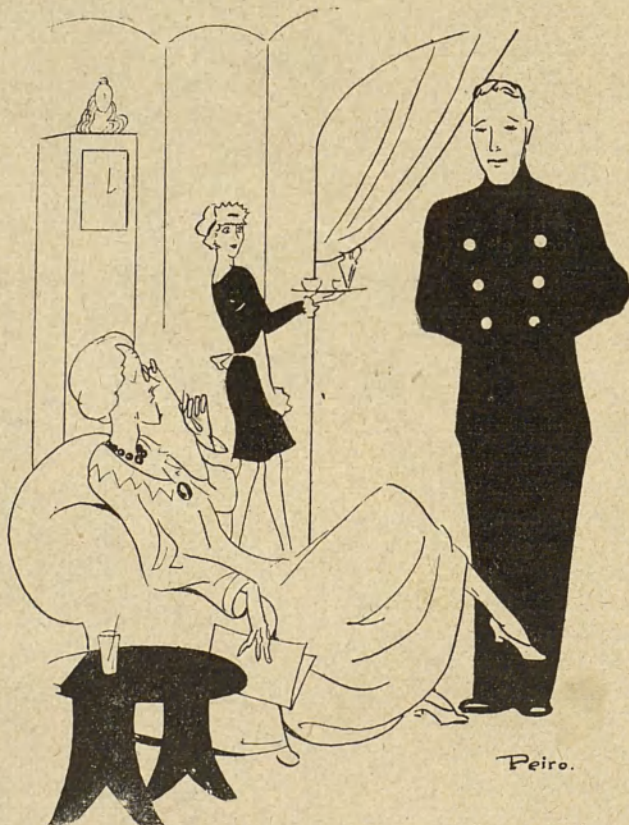
—¡S'acabao!...

MANUEL ABRIL



El borracho.—Razón tenía Pepita al decirme que me iba a dar esquinazo.

Dib. LAKARABA.—Madrid.



El criado.—Señora: ¿Mañana por la mañana me ne-cesita usted para algo?

La señora.—No. ¿Por qué?

El criado.—Es que mañana me pienso casar; pero si la señora me necesita lo dejo para otro día.

Dib PEIRÓ.—Valencia.



EN CRESCENDO
Ayuntamiento de Madrid

Ramírez
Dib. RAMÍREZ.—Tetuán.

CUANDO MORI

Mis ojos se cierran en la agonía de la muerte. En mi delirio percibo, entre negruras, magníficos fantasmas, que acercándose a mí se van haciendo grandes, muy grandes, desmesuradamente grandes... Sus cabezotas monumentales se pegan a mi rostro y sus bocas disformes, de negros labios, se contraen ferozmente y ríen, ríen fatidicamente, mostrando sus dientes punzantes y amarillos... Sus ojos son carbunclos siniestros, que llamean, flamean y humean... ¡Es una visión horrorosa!... Pero luego, ¡ah!, luego se alejan, saltando y cantando lúgubrementemente con voces de ultratumba: "Adiós Ninón, gentil Ninón..., etcétera." Ahora veo una caterva de radiantes querubines... Van cubiertos de corazas de oro y llevan escudos luminosos. Entre ellos descubro deslumbradores y hermosos a Marco Antonio, Marco Aurelio y Marco Redondo, portando en sus di-

vinas y láureas cabezas fulgíferas coronas... Todos pulsan liras y elevan cantos angelicales, celestiales e ideales... Van descendiendo por una escalera invisible... Ya se acercan... Los Marcos bajan... Mis sentidos se nublan... Los sonos armoniosos me torturan... Una vibración de la lira me hace el efecto de un martillazo en el cráneo... Un canto es una pedrada... ¡Ya no veo casi!... Ya sólo percibo escudos, marcos, coronas y liras... Quiero cogerlos... Mi pobre familia prevé mi fin próximo, pues en mi delirio suspiro:

—¡La cotización! ¡A ver la cotización!

Mis hijos, lloran; mi futura viuda, gime; mi casero, desesperado, adelanta el reloj de la chimenea a cabezazos... ¡le debía tres meses!... De pronto, una sombra siniestra se acerca a mí, y al oído me dice:



—¿De forma que hace tres meses que no habla a su señora?

—Sí, señor, tres meses justos; es que no me gusta interrumpir a nadie...

Dib. PILAR.—Madrid.

—Ven.

Es la Muerte.

—Ahora voy. Espera un instante.

Y haciendo un sobrehumano esfuerzo, abro los labios y gimo:

—Adiós, queridos... No me esperéis a cenar.

Y expiro.

Mi alma se separa de mi cadáver... ¡Con qué placer me elevo hasta el techo... ¡Luego, como una exhalación, me lanzo por la ventana, en pos de la Muerte, que se aleja rauda.

—Espera, tú—la grito.

—Déjame en paz... Voy a la China. Hay fiebres amarillas y tengo mucho trabajo.

Y dejándome plantado, desaparece de mi vista.

Tímido y solo me encuentro en medio del espacio, en la inmensidad del éter... Allá abajo veo la Tierra no más grande que una manzana. Me hace gracia; pero no me río, porque considero que un alma en pena, que se tenga en algo, debe ser formal.

—¿Y dónde voy yo ahora?—me pregunto—. ¡Pues dónde he de ir!—me contesto—. ¡Al cielo! Creo que bien merecido me lo tengo. ¡Pues ni pensarlo! ¡Al cielo!

En mi camino tropiezo con algo.

—Ya podía usted mirar dónde pone su espíritu.

—Perdone usted, no le había visto.

Se trata de un alma en pena veterana, que está de vacaciones. Le pregunto el camino del cielo.

—¿Al cielo?... Pues pase usted, Júpiter... A la derecha de Saturno hay un cartel indicador... Luego, todo seguido... Si se pierde, pregunte usted a un guardia.

—Muchas gracias, y usted lo pase bien.

—Adiós, alma mía.

Siguiendo las indicaciones del caballero espíritu veraneante, llego hasta unas puertas. Sobre ellas hay el siguiente letrero: "Mansión celestial." "No se admiten pecadores." "Aquí no caben más que los justos."

—¿Estará ya lleno?—pienso horrorizado—. Y oprimiendo nerviosamente el botón del timbre, espero... Al fin, se abren las puertas y en su umbral aparece la venerable figura de San Pedro.

—¿Qué deseas?

—Vengo a ocupar el lugar que me corresponde junto al Señor.

—Bien, bien. ¿Cuándo has fallecido?

—Hace diez minutos.

—Bien, bien. ¿Cómo te llamas?

—Modesto Pajuela.

—Bien, bien. Tu profesión, ¿cuál era?

—Maestro de obras... Pero si usted quiere, traigo la cédula, aunque creo inútiles cuantos datos me pida respecto a mi personalidad. En el libro divino constarán mis antecedentes, que sin inmodestia, son inmejorables.

—Veamos, veamos. ¿Qué meritos alegas para pretender la entrada en esta mansión celestial, do la alegría brilla por doquier, do los espíritus se levantan, do la...

—Señor Pedro, ¡yo soy un santo!

—Hombre, eres modesto.

—Pajuela, sí señor... Yo no he pecado jamás.

—Es extraño... Recapacita, hijo mío... La carne es débil y la memoria torpe...

—¡Por eso me creo un santo!

—Dime, dime, hijo mío, ¿qué tal andabas de honradez en aquel malhadado mundo? ¿Me has dicho que eras maestro de obras, verdad?

—Sí, señor, y puedo jactarme de ser el hombre más honrado que ha llamado a estas puertas.

—Bien, hijo mío, bien. ¿Y caritativo, has sido?... ¿Has hecho muchas obras?

—Ultimamente hice una manzana completa.

—No; me refería a las de caridad, hijo.

—Todos los meses destinaba para las limosnas veinte duros.

—Bien, bien... ¿Has guardado los Mandamientos de Dios y los de la Santa Madre Iglesia?

—Puedo decir que bajo llave.

—¿Y has ayunado?

—Siempre.

—¿Y has vigiliado?

—Todos los viernes del año.

—¿No has jurado?

—¡Nunca!

—¿Tampoco has mentido?

—¡Jamás!

—Y dime, ¿qué cantidad de vino libabas diariamente?

—¡Ni un centilitro, don Pedro!

—¡Oh!... ¡Caramba, hombre, caramba!... Y del bello sexo, ¿qué me cuentas?... No te ruborices, hijo...

—He vivido para mi tierna esposa, padre.

—¿No ha habido ninguna pelindrusca...?

—¡Oh, señor! ¡Ninguna!...

—De jovenzuelo, ¿eh?

—¡No, don Pedro, nunca!

—¡Eres extraordinario!

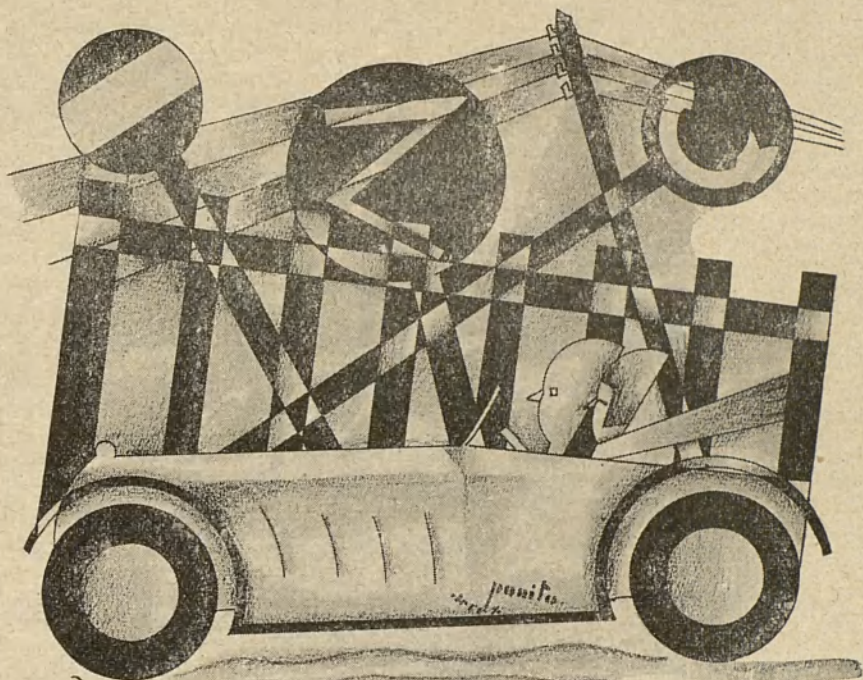
—Bueno, ¿puedo entrar ya?

—¿Aquí?... No por cierto, hijo mío...

—¿Dónde debo ir, pues?

—¡Al Limbo, hijo mío, al Limbo!

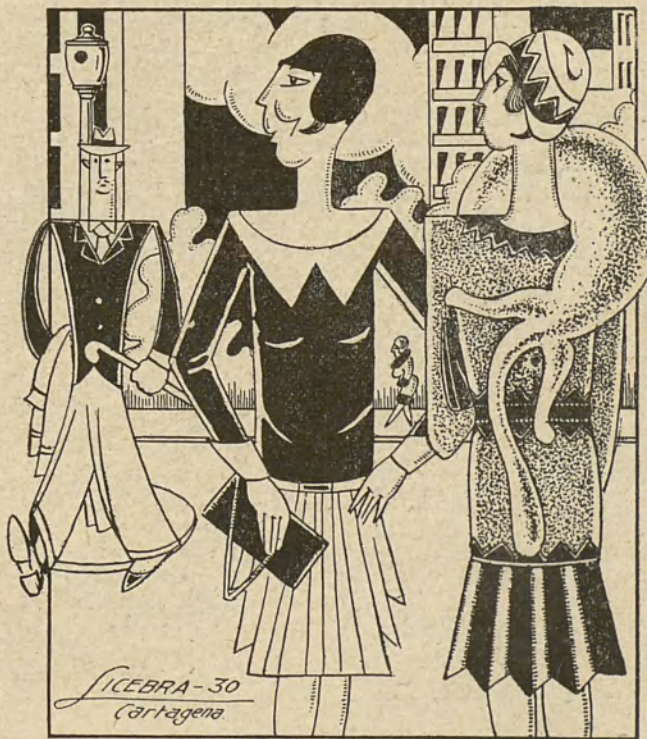
José ESTREMER



Ella.—Oye, Pituso. ¿Y si ahora se le salieran las cuatro ruedas y nos cayésemos por ese precipicio?

El.—Imposible, tonta. ¿No sabes que está garantizado por un año?

Dib. PONITO.—Jerez.



—¿Verdad que es elegante Paquín?

—Sí; pero sólo es un simple escribiente.

—¡Es raro que sea simple un chico tan compuesto!

Dib. LICEBRA.—Cartagena.

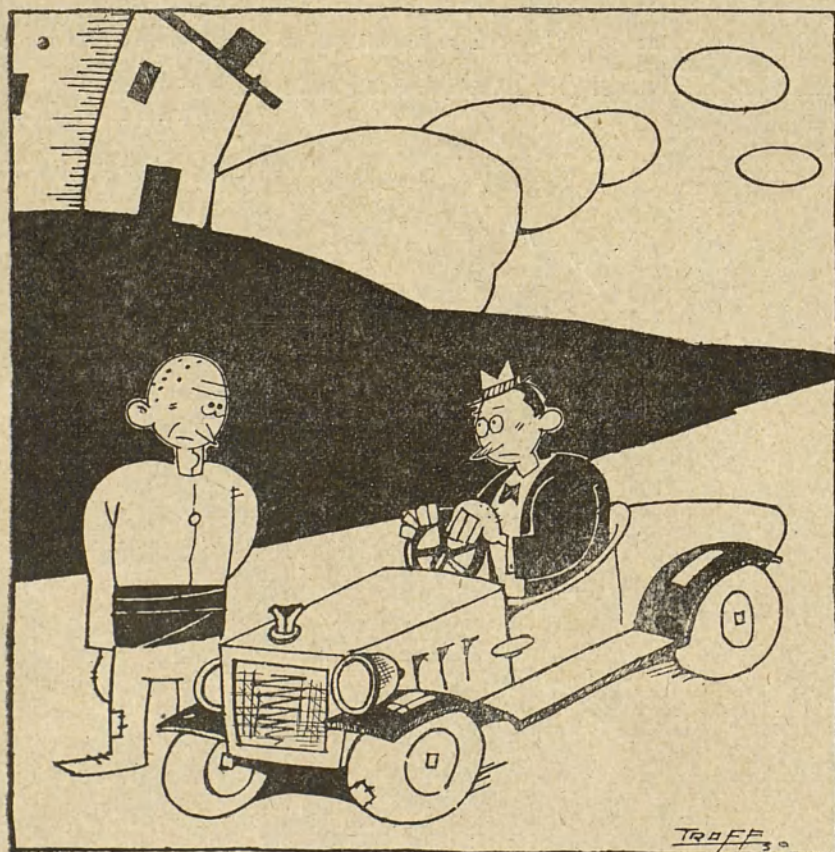
EL DOLOR

Al doctor Sama.

—¡Ay, doctor, ay!
—¡Pase, pase!
—¡Ay, qué dolor!
—¡Siéntese!
—¡Ay, ay!
—¡Aquí en esta butaca, junto a mí!
—¡Ay, cómo me duele!
—Bueno, vamos a ver. Dígame su nombre.
—Lisardo. ¡Aaay!
—¿Apellidos?
—Mínguez y Soto. ¡Es que no lo aguanto!
—¿Años?
—¡Ay! ¡Cuarenta y siete!
—¿Casado?
—¡Por lo civil! ¡Ay!
—¿Dice que le duele?
—¡Sí, mucho; aquí, en el hombro!
—¿Qué enfermedades ha padecido?
—¡De pequeño tuve el sarampión!
¡Ay!
—¡El sarampión!

—¡Luego tuve el garrotillo! ¡Qué dolor!
—¿Y qué más?
—¡En mi juventud tuve un catarro malo! ¡Ay, mi hombro!
—Un catarro. ¿Y alguna enfermedad específica?
—¡No, señor; ninguna! ¡Ay, qué punzada!
—¿Fué alcohólico su padre?
—¡Ni catarro! ¡Ay, mi brazo!
—¿Y su madre tuvo muchos hijos?
—¡Nueve! ¡No me deja respirar el dolor!
—¿Y malos partos?
—¡Eso no sé! ¡Ay, yo no puedo más!
—¿Sabe usted algo de su abuelo?
—¡De mi abuelo no sé más que era miliciano nacional! ¡Estoy doblado!
—¿De qué murió su abuela?
—¡De repente! ¡Señor doctor, por Dios!

—¡Sin datos no podemos hacer su ficha! Póngase de pie y extienda el brazo!
—¡Ay! ¡No puedo!
—¡Ahora, bájele!
—¡Parece que me lo arrancan!
—¡Eche el brazo atrás!
—¡Cuidado, que lo tengo muy sensible!... ¡Ay!
—Tranquílcese.
—¡Pero si no me deja el dolor!
—¡Que le pongan a usted una inyección! ¡Fernández! ponga usted una inyección de cocaína al señor!
—¡Ay, muchas gracias!
—Ya está.
—¡Qué bien me la ha puesto usted!
—Esto es muy sencillo.
—¡Ay, es que tengo un dolor tremendo!
—Ahora desaparecerá.
—¡Ojalá desaparezca!
—Seguro.
—¿Se alivia?
—¡Sí, parece que duele menos! Pero... ¡ay, aun no puedo levantar el brazo!
—Permanezca usted sentado y tranquilo.
—¡Ay, doctor!
—¿Qué, ¿aun duele?
—¡No, que parece que va desapareciendo!
—¿Ve usted?
—¡Que muevo el brazo sin molestia!
—¡Claro!
—¡Que ya no me duele!
—Me alegro.
—¡Pero en absoluto!
—Bueno, pues ahora vamos a ver si podemos hacer bien su historia clínica.
—¿Para qué?
—Hombre, para conocer los antecedentes clínicos de usted.
—¡Pero si ya no me duele!
—¿Y eso qué importa?
—¡Para mí es lo principal!
—¡Sí, pero porque se calle el dolor no desaparece la causa.
—¡Cuando me duela otra vez, ya veremos; pero ahora!...
—¡Eso no es sensato!
—Perdóneme, doctor, pero me marcho. ¡Le invito a merendar si quiere!
—No, muchas gracias.
—¡Sin el dolor soy otro; estoy alegre!
—¡Pero, por Dios, señor Mínguez!...
—¡Lo importante es que no duela!
¡El que inventó el anestésico es el genio mayor de la Medicina! ¡Mal que no duele, no existe! Adiós, doctor; buenas tardes.



El del auto.—¡Adiós, Salvador! ¿Quieres que te lleve?

—No, que llevo prisa.

Dib. TROFF.—Albacete.

ANTONIO PLANIOL

‘ ‘ P A ‘ ‘ E L L A

CUADRO PRIMERO

Una habitación modesta. Salustiano y Felipe.

FELIPE.—¡A las buenas tardes!

SALUSTIANO.—¡Dichosos los ojos!

—¿Qué tal por aquí?

—Subiendo la cuesta de la existencia.

—¿Y la chica?

—Adentro, repasándose los pelos del cogote. Siéntate.

—¿Pero, se “despelucha”?

—¿Te enteras ahora? ¡Claro, como vienes de tarde en tarde, y casi no la ves!... Pues, sí, hombre; se “depelea”, se “ondulea” y se “retoquea”.

—¡Arrea! ¡Sí que estará salá!

—Favor que le haces. ¿Y la Fausta?

—Tan gorda y reumática como de costumbre. En casa la he dejao, enfrascá en las labores propias de su “seso”.

—¿Y el chico, trabaja?

—De cocinero, en ese restaurán económico que le dicen “El Principio”. Gana un buen sueldo.

—La mía está en la sociedad anónima “El Galápagos”. Lleva la contabilidad, y a ratos, echa una mano a la máquina de escribir.

—Echará las dos.

—Es un decir. ¿Cuántos años tié tu chico?

—Veinticinco va a cumplir en noviembre.

—Dos más que mi chica.

—¡Cómo pasan los lustros, Salus! ¡Y eso que tú te conservas bien!

—Pues no tengo motivos.

—Me hago cargo. Desde que la diñó la pobre Reverencia, no has vuelto a levantar cabeza. ¡Era mucha Reverencia!

—Algo hay de eso, tiés razón. Pero también de otras cosas.

—¿No eres moralmente feliz? ¿Es que tiés algún enredo?

—¡Quita de ahí! Devaneos, a flor de epidermis, que no dejan señal, y para de contar. Y, por otra parte, a mi hija no la doy yo madrastra aunque me lo pidiera de rodillas cualquier “miss universo”.

—Entonces, si no es moral, será material. ¿Es que no tiés bastante dinero?

—No es eso.

—Me extrañaba, porque tú ganas un buen jornal, y tu chica...

—Otro tanto. No es por ahí, Felipe. Es por el correo interior, reparto de las doce.

—¡Ni palabra!

—Te lo voy a explicar.

—Ya tardas.

—Es que hay cosas que, aun a los buenos amigos como tú, de grima el contarlas.

—¿Tanta importancia tié el hecho?

—Pa mí mucha. ¡Vergüenza me daría

a mí, en su caso! ¡Si su pobre madre levantara la cabeza!

—Habla ya, que me estás poniendo con cuidado, y tú no sabes lo que me trae a esta tu casa!

—No te entiendo.

—Ni yo a ti. Pero eres tú el que debe hablar primero.

—Atiende, Feli. ¿Qué te figuras que comí yo ayer al mediodía?

—Hombre, te diré... A mí no me gusta meterme en menús ajenos...

—Es necesario que te metas. Contesta. ¿Qué te figuras?

—¡Cualquiera sabe!... ¿Lentejas?

—¡Qué iluso!

—Es poco, claro. ¿Filetes y ensalá y cocido?

—¡Ya, ya! ¡Asómbtrate! ¡Comí un tomate y un cacho de pan!



—¿Qué me aconsejas que le conteste a esa carta?

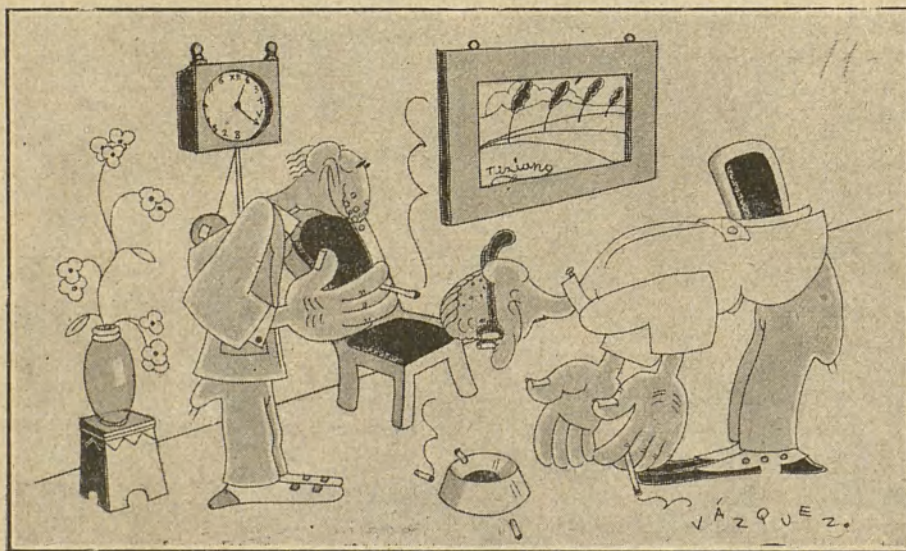
—¡Que aprenda ortografía!

Dib. PICO.—Madrid.



—¡Vaya por Dios! Para una vez que pesco dos zapatos, resulta que son del mismo pie!

Dib. URDA.—Barcelona.



El miope.—Es extraña mi miopía; pero no me negarás que esto que estoy mirando es un cuproníquel.

Dib. VÁZQUEZ.—Jaén.

—¿Es posible?
—Y anteayer un par de huevos crudos, y el día anterior pan y una lechuga.
—¿Y cómo es eso?
—Ya ves, cosas de mi chica, que sabe mucho de cuentas y de mecanografía, pero que de cocina están limpias las dos.
—¿Quiénes son las dos?
—¡Toma! ¡Ella y la cocina!
—Pero, ¿no sabe freír un mal par de huevos?
—Si supiera no los sorbería yo, como los "suerbo", por un agujerito.
—¡Qué horror!
—¡Figúrate las comidas que haré! Siempre parece que empiezo por el postre. Hoy, queso; mañana, membrillo; al otro, nueces; después, fruta. To frío. Desde que se nos fué la Reverencia, no hay calor en este hogar.
—¡Me dejas helao! La verdad, no creí que tuvieras una hija tan inútil. Algo sí, claro; porque tu chica es una mujer moderniza, y el modernismo excluye las faenas domésticas.
—Pué que tengas razón.
—Y de lavar, ¿cómo anda? ¿Se moja las manos?
—No la es posible, porque según dice, se la descolorean las uñas.
—¡Pues sí que la criatura es un regalito pa un pobre!
—Ya te decía yo. En fin, dime tú ahora lo que te trae por esta tu casa.
—¿Lo que me trae? ¡Ah, sí! Na. Verte únicamente.
—¿Pero no has hablado de no sé qué?
—Sí; pero sólo pa que me contaras. Oye. ¿Y de coser? ¿Zurce bien?
—¡Ni por el forro! Precisamente ayer se le ha roto un vestido acabao de estrenar, y como no sabe arreglárselo, mucho me temo que lo deseché.
—¡No se lo toleres! Yo, en tu caso...
—¿Qué harías?
—¡Anda éste! Pues decirla: ponte el vestido rasgao y ¡que te zurzan!

CUADRO SEGUNDO

(La misma decoración del cuadro anterior. Salustiano, Felipe y Ramón).

FELIPE.—¿Hay licencia?

SALUSTIANO.—Pa entrar en vuestra casa no necesitáis pedir vía libre. ¿Qué hay, pollo?

RAMON.—Buenas noches.

S.—No son malas. ¡Hay que ver el desarrollo que ha tomao este muchacho en un par de años! ¡Cuidao que me lo había dicho mi chica algunas veces y yo no lo quería creer! ¡Como es tan ponderativa! ¿Has hecho gimnasia?

F.—¡Ca, hombre! Si éste no es como los demás muchachos de su edad. Con decirte que no ha presenciao ni un partido de fútbol. Es muy apocao.

S.—Sentaos, hombre, sentaos. Y tomad un cigarro.

F.—Venga uno pa mí. Este no fuma.

S.—Vaya, vaya.
F.—Pues, sí. Y la chica, ¿ha venido?
S.—Entoavía no. Estos días está viniendo muy tarde; tié mucho trabajo. Como están de balanceo.

F.—Claro.
S.—Y tú, muchacho, ¿cuándo te casas? ¿Tíes novia?

F.—Contesta, hombre. Ahora es la ocasión.

R.—¿Qué cosas dice usted, padre!
F.—¿Las que debías decir tú, hijo! En fin, ¡cómo ha de ser! y pa qué andar con arroveos. Las cosas con franqueza, Salustiano. Yo no sé si el otro día notarías algo extraño en mí.

S.—¿A qué negarlo? Sí.
F.—Naturalmente. Como que se me escaparon algunas palabras que, después me fué imposible recoger. Sí, amigo Salus; el otro día, al igual que hoy, venía comisionao pa pedirte la mano de tu chica pa este hijo mío que aquí ves.

S.—¿Y fueron mis revelaciones las que te encogieron el ánimo?

F.—Figúrate! Uno quíe la felicidad pa los suyos. Pero llegué a casa, y cuando le dije a éste que no te había dicho na y quise convencerle de que tu chica no le convenía pa mujer legal, no púes figurarte la "nurastenia" que le entró. A lo que se ve está demasiao enamorado. Y ella parece que le corresponde.

S.—No le mira con malos ojos, no. Muchas veces me ha dicho que es un buen "jamón".

R.—¿Qué felicidad!
F.—En fin, que yo creo posible el emparentamiento.

S.—Por mí... Tú eres mi mejor amigo. Y en cuanto al chico, le he visto nacer y sé que es bueno.

F.—¿Este? ¡Un bendito! Demasiao bueno. Mientras fué pequeño y le vi siempre metido bajo las faldas de su madre, al lao del fogón, y tan apocao, llegué a pensar que iba pa imitador de estrellas...

R.—¿Padre!
F.—No te asustes, hijo. Ya sé que me equivoqué. Pero como de pequeño no pensabas en otras cosas que no fueran las de coser y guisar... Afortunadamente esto le ha valido mucho. Porque el aprender de su madre que, como tú sabes, también fué cocinera, le ha llevado a perfeccionar el asunto culinario de tal manera que hoy, en la corte, hay pocos cocineros que sepan guisar como éste y preparar la cantidad de platos que él.

S.—¿Es posible?
R.—Sí, señor. Yo tengo un repertorio de más de trescientos platos.

S.—¿Vaya vajilla!
F.—Ah, y raro es el día que no se le ocurre algo nuevo!

S.—Y la paella, ¿la sabes condimentar bien?

R.—De doce maneras.
F.—Con los ojos cerrados.

S.—¿Con lo que a mí me gusta! ¡Vaya si te casas tú con mi hija!

R.—¿Usted cree...?
S.—¿A la fuerza! ¡Si no quiere, la mato!

R.—¿No; eso, no! Si ella me desprecia...

F.—¿Por qué?
S.—¿Qué te va a despreciar! ¡Pues vales tú poco!

F.—¡Gracias, Salus! Y si se casan, como es de suponer, que deje la chica de trabajar y que aprenda las cosas del hogar, que es lo indicao.

R.—Eso. Yo gano lo bastante pa tenerla con holgura.

S.—¿Cómo? De ninguna manera! Mi chica no deja la oficina tan fácilmente. Ella, que también gana un buen sueldo,

púe seguir trabajando y, junto con el mío viviremos los tres tan ricamente. Y tú, Ramón, no trates de salir a la calle a ganar el sustento, porque no te lo permitiremos. Pa eso está la mujer. El hombre tié su puesto en el hogar.

R.—Si ella lo quiere...

S.—¿Lo querrá! ¡Dame un abrazo, Felipillo, y tú otro, Ramoncete!

R.—Y otro, si usted me lo permite, pa ella.

S.—¿"Pa ella", dices? ¡Hija de mi vida!

TELON RAPIDO

PABLO TORREMOCHA



El pintor.—Este cuadro representa una bonita vista de Segovia...

El visitante.—¡Atiza! ¡¡Pensar que mi mujer se ha empeñado en que pasemos allí el verano!!

Dib. TORMO.—Madrid.

¡AY, QUÉ PATATAS!

Aunque las noticias
sobre esto son gratas,
la verdad es que vemos de precio
subir las patatas.
¿Por qué es la subida?
¿Cuál es el motivo?
¿Por qué diantre, a mi vez yo no puedo
subir lo que escribo?
Al ver que barato
no hay más que el alpiste,
renunciar a las "tristes patatas"
me pone muy triste;
pues no es cosa fácil
que yo me acostumbre
a no verlas, asadas o fritas,
venir de la lumbre;
ni crean ustedes
que hoy día me place
no comerlas "chufles" (como dice
la que me las hace);

aunque esto no debe
pesarme. ¿Por qué?
Porque tanta "chufle", ya me tiene
del todo "chufle".
Si faltan en forma
"chascante" y no gruesa
las patatas que suelen los "bares"
servir a la inglesa,
¿podrán suprimirlas
sin que haya disputas?
Mucho temo que en vez de patatas
despachen virutas!
Y ¿qué mil demonios
hará la Ruperta
si no puede vender por las calles
"chuletas de huerta"?
Igual en Carmona,
que en Burgos, que en Inca,
se tendrá que, por una patata,
vender una finca,

porque para muchos
es cosa tan grata,
que hay señora que da una gatita
por una patata.
Si no las catamos
por caras hoy día,
¿por qué aquí le damos el nombre
que en Andalucía?
Llamémoslas "papas"
en estos sectores;
porque "papas" no habrán de faltarnos,
queridos lectores.
¿Por qué el reloj de oro
vendí ayer a Mata?
—¡Qué reloj!—me decían en chufle—
¡Valiente patata!...—
Si lo era en efecto,
llegado este afán,
¡hoy quizá me lo hubiera comido
guisado y con pan!...

JUAN PEREZ ZUÑIGA



—¡Pero hombre! ¿Cuándo vas a terminar de hacer el burro?

Dib. QUINCITO, 0,15.—Madrid.



—¡Hombre! Así resulta que estamos en un país salvaje. ¡Qué bien! Vamos a aprender bailes nuevos.

Dib. CASTANY.

DIME QUE NARIZ TIENES

Aunque no estamos muy seguros, creemos que ha sido un danés (no un perro, sino un natural y vecino de Dinamarca), el comandante Schok, pintor de historia y antropólogo, el que en sus ratos de ocio ha elaborado a brazo un libro con, de, en, por, si, sobre, tras la nariz.

Este notable precursor del doctor Asuero atribuye al "cartabón" que tenemos todos bajo los ojos una influencia decisiva con relación al carácter.

Una nariz dilatada—dice Schok—revela fuerza y valor; y los constipados son más importantes, añadimos nosotros.

En efecto: el ejercicio fortificando la respiración ensancha las narices. Por eso los artistas de la Antigüedad adornaban con una dilatada nariz las estatuas de sus guerreros y emperadores.

En la infancia, la nariz es la parte más insignificante y menos desarrollada del rostro. ¿Sabéis por qué? Porque crece y se forma a la par que el carácter.

Una nariz bien desarrollada indica firmeza, imperio sobre sí mismo, reflexión y energía.

La civilización influye grandemen-

te en la forma de la nariz: y este apéndice podía servir de barómetro del progreso.

Nadie ignora, y si lo ignora, ¡allá "ca" uno! que las formas elegantes de nariz son el privilegio de las razas que han llegado a alto grado de cultura intelectual y moral. Los pueblos salvajes "ostentan" una nariz que más bien parece un pegote de carne. En determinadas tribus de Africa, cuando un negrito nace con una nariz un si es no es, más bien sí es que no es, pronunciada, los autores de sus días rezan unas oraciones extrañas y bailan un charleston salvaje en tanto los familiares aplican al tierno y negro infante un ladrillo al rojo blanco sobre su naricita.

Cuando, a consecuencia de la salvajada, el pequeño "la diña", se celebra un segundo baile con acompañamiento de borrachera y "jazz band".

El libro a que aludimos y las "experiencias" que el comandante describe ha creado una nueva ciencia: la nasografía.

Antes era un dicho vulgar, dime con quién andas y te diré quién eres. Ahora se dirá: dime qué nariz usu-

fructúas y te diré el carácter de que gozas.

Además, el comandante Schok ha creado el lenguaje de las narices: he aquí un extracto de este nuevo ramo de la filología.

- Nariz larga: mérito, alegría, talento.
 " recta: alma justa.
 " aguileña: aventurero, "echao p'alante".
 " chata: sensual, "tenoriesco", criminal y admirador del "cine" mudo.
 " arqueada: cruel, "castigador" a tanto la hora.
 " delgada y afilada: ironista, vanguardista.
 " pálida: egoísta, usurero, gorrrón, "gañote".
 " colorada: admirador del aguardiente e islas adyacentes.
 " de loro: carácter débil, "juanlanesco".

Por último, cuando veais a un hombre en cuya cara se vea sólo el solar de la nariz, no os quepa duda: ese hombre ha nacido para boxeador.

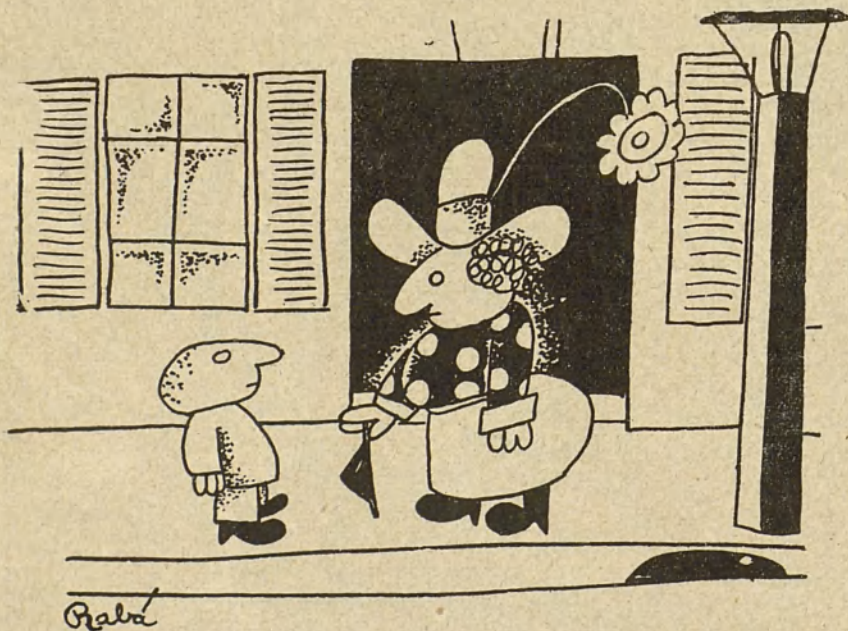
Ya lo dijo Mendicuti: cada pueblo tiene su nariz característica.

Los griegos, representantes del genio artístico y del buen gusto, lucían una nariz recta y elegante: esa nariz griega de que se habla hoy todavía; en cambio, los romanos la tenían curva, quizá porque representasen la fuerza y la razón.

La mayoría de los poetas y artistas célebres han tenido la nariz completamente griega. Si lo dudáis, devorad el "Espasa", el "Montaner y Simón" o el "Alejandro Lerroux". Examinando estas voluminosas enciclopedias veréis a nuestros queridos amigos Petrarca, Milton, Rubens, Murillo, Tiziano y madame Stael, que tenían las narices griegas del todo, mientras que Richelieu, el emperador Alejandro, Napoleón y otros cuyos nombres sentimos no recordar, tuvieron unas "napias" distintas a aquéllos.

Ahora bien, lo que no deja lugar a duda es que la nariz grande sea griega, romana o turolense; es signo de honradez y de decencia.

En cambio, la escasez de nariz o la total ausencia de ella demuestra en el hombre instintos perversos, y ahí están, mejor dicho, ahí ya no están para demostrarlo, el Chato de Benamejí, el Chato de Cuqueta, el Chato de El Escorial y otros chatos tristemente célebres. Quedan exceptuados



—¡Cómo! ¿No has oído nunca hablar de los diez mandamientos? ¡Qué gracioso! Y dime: ¿Cómo te llamas?

—Moisés, señora.

Dib. RABÁ.—Santander.



—Dígame; ¿y cómo fué despedido con los señores anteriores?

—Pues simplemente por la rotura de un neumático.

Dib. Muñoz.—Madrid.

los chatos de manzanilla y de mon-tilla.

En cambio ahí tenéis, es decir, tam-poco los tenéis ahí, al emperador Constantino, Ovidio, Cicerón, Cervan-tes, Maquiavelo, Catalina, Molière, Schiller, Goethe y Sánchez de Toca, que disfrutaron (el último las disfru-ta todavía, y que sea por muchos años), unas narices de gran tamaño como símbolo de su honrada sabidu-ría e inteligencia.

De don Joaquín se dice que no asis-te a las corridas de toros porque mer-ced a su nariz todas las corridas para él se celebran en plaza partida.

Y ya que de narices hablamos no podemos pasar en silencio las de Cy-rano ni la "nariz cuasi griega" de que nos habló López Silva, ni aquellas de que nos habla Quevedo en su célebre soneto que empieza:

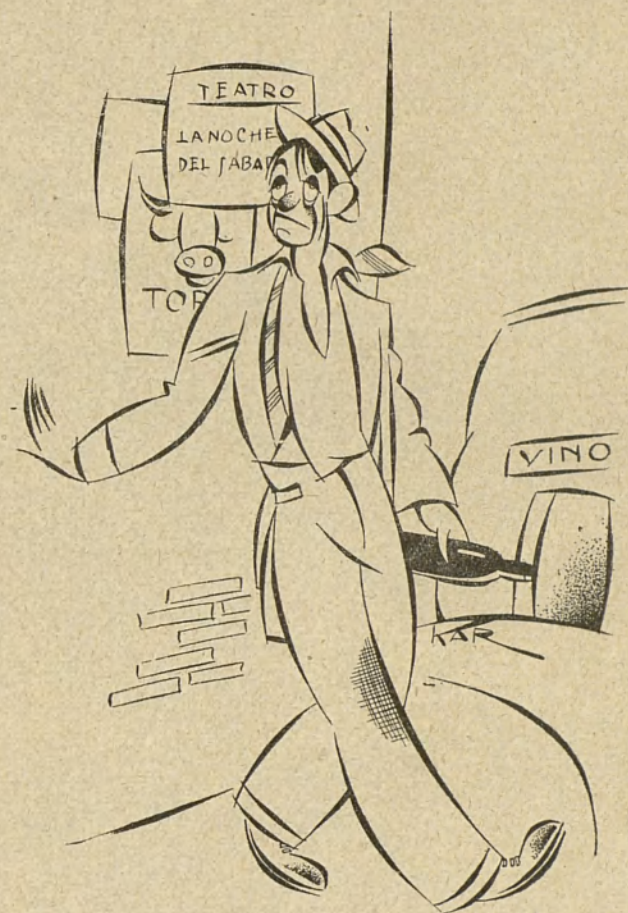
"Erase un hombre a una nariz pe-gado". ¡Ah! Tampoco queremos de-jar en la oscuridad la copla:

Hombre, no tienes narices
porque Dios no te las dió,
a Roma se va por todo,
pero por narices, no.

También debemos mencionar y men-cionamos la frase: "Dejarle a uno con un palmo de narices".

Ya nos imaginamos al lector ami-go, después de leer estas cosas, pal-pándose las narices, para ver la for-ma y tamaño de las que le regaló mamá Natura, y si por su desgracia es chato, le vemos tembloroso y pálido pensando en que es un criminal.

Para dar una redada de miel a es-tos infelices les recordaremos que los



—Se sube, se sube a la cabeza. Sólo me he tomado tres copillas más de las cuatro botellas de siempre, y no sé por dónde ando...

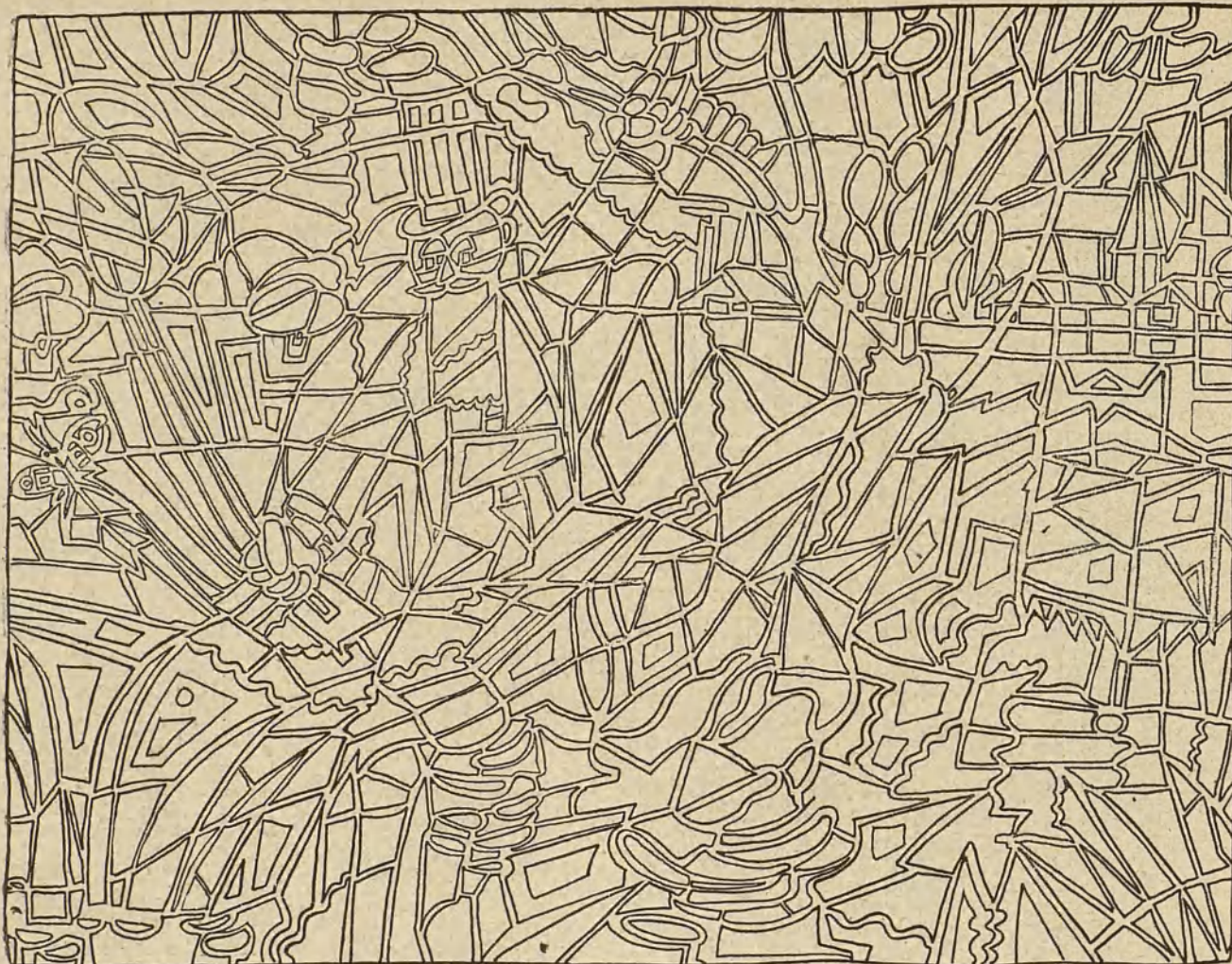
Dib. Kar.—Valencia.

chatos son los preferidos por el dios Amor, y buena prueba de ello es oír a las mujeres decir: "Voy a ver a mi chato: ¡chato de mi corazón!"; pero no recordamos jamás haber oído ni que nos nos hayan dicho: "¡Narizo-tas de mi alma!"

Y, por lo demás, para evitar preocu-paciones, recuerden ustedes a los cu-ras del verso:

"El cura de Alcañices
a la nariz, le llama las narices.
En cambio, el de Alcañiz,
a las narices llama la nariz.
Y así viven felices
el cura de Alcañiz y el de Alcañices.

TORRES DEL ALAMO Y ASENJO



NUESTROS CONCURSOS

EL DEL MES DE AGOSTO

Y va de concurso...

Esta vez Sama estaba, por lo visto, con anginas cuando dibujó el concursito y ha decidido que nuestros adorados solucionistas se vean atacados por la espalda de meningitis al observarlo para maquinarse la solución.

Por lo demás, el que quiera matar a Sama que se pase por esta Redacción cualquier día laborable, de cuatro a ocho, que está amarrado en un sillón, a disposición del que ansíe atizarle.

Y va de concurso (segunda vez). Se trata de lo siguiente:

En ese laberinto de rayas que encabeza estas líneas se oculta un dibujo; diremos más: se oculta una esce-

na campestre, cuyas verdaderas líneas han sido disimuladas por otras líneas superfluas a fin de establecer la debida confusión y que el dibujo no se advierta sino a fuerza de estudiarlo, mirarlo, remirarlo y darle vueltas.

El concursante tiene que coger un lápiz o una pluma, sentarse ante ese laberinto de rayas, adivinar por dónde van las líneas verdaderas, despreciar las líneas falsas y señalar con la pluma o el lapicerito las primeras, hasta que el dibujo ocultado resplandezca como un sol meridional o un pica-porte recién frotado con gamuza.

Luego... lo de siempre, enviarnos el dibujo bajo sobre, con las señas correspondientes y un sello para que llegue, etc., etc.

Y para estos concursantes destinamos

¡¡DOS PREMIOS!!

de

¡¡CIEN PESETAS CADA UNO!!

¡Doscientas pesetazas dispuestas para ustedes!

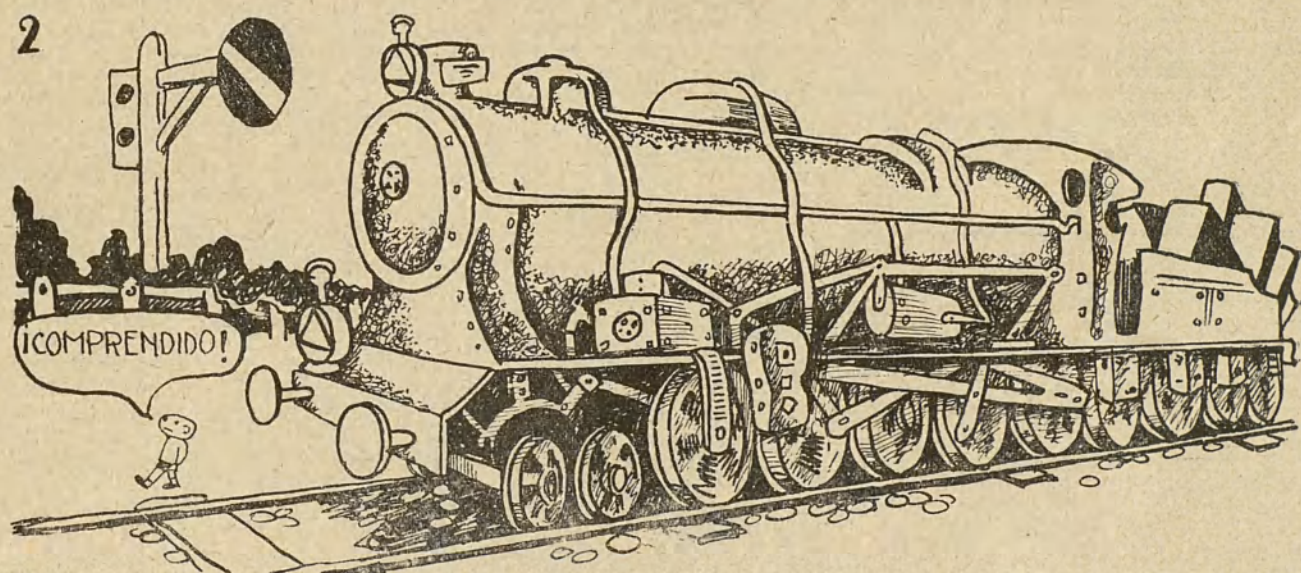
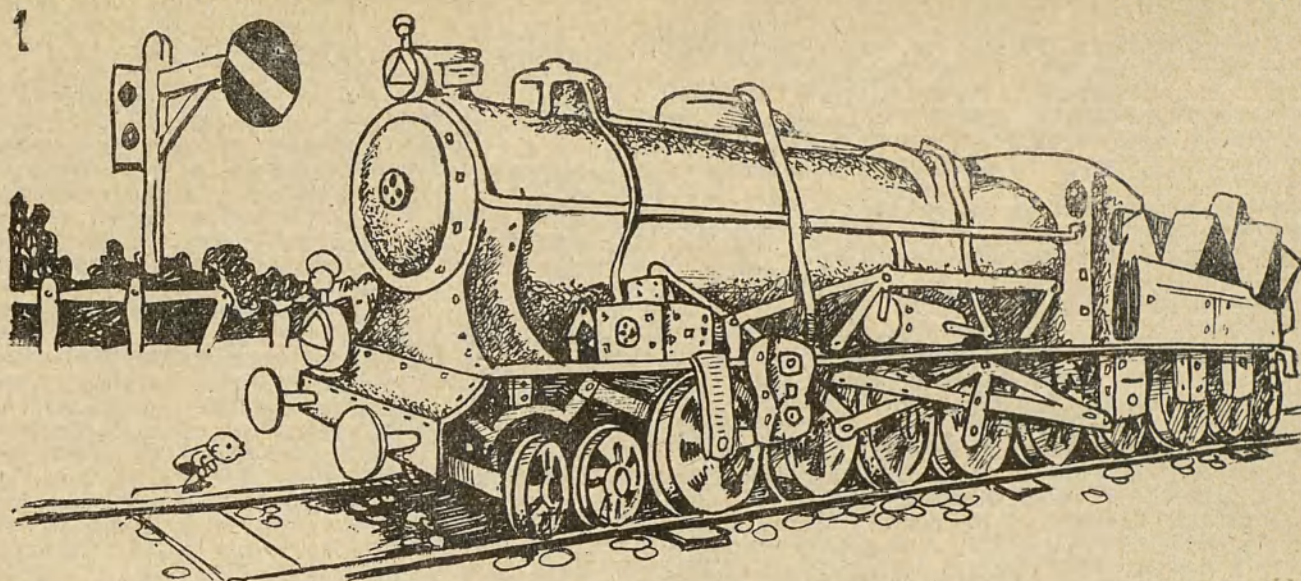
¿Hay quien dé más?

No. No. No. No.

Si lo aciertan dos lectores, les arreamos un billete de veinte duros a cada uno. Si lo aciertan más de dos, el correspondiente y socorrido sorteíto...

El plazo de admisión de originales se cierra el 31 de agosto, a las dieciocho.

A ver si nos animamos, señores.



Los niños terribles.

D.b. FUENTE.—Madrid.

ALREDEDOR DEL MUNDO

CURIOSIDADES Y RAREZAS

I

Ninguno de ustedes, por escasos y económicos que sean sus conocimientos de Zoología y Animalotécnica, dejará de conocer a la llama, ese precioso animal de piel suave y de tan enorme timidez, que, si alguien la llama, la llama echa a correr avergonzada y ruborosa.

Pues bien: hemos averiguado hace

poco que la llama es el único animal campestre que no debe cazarse a tiros.

Y la cosa tiene una explicación: si a la llama se le hace fuego, la trae completamente sin cuidado.

¡Lindísimo descubrimiento que nos enorgullece!

II

La semana pasada se celebraron so-

lemnemente en Salzburgo dos ceremonias conmovedoras que pusieron de manifiesto el noble corazón y el preclaro talento de dos hijos de la misma. Una de ellas fué la inauguración de un hospital para hambrientos incurables, edificado a expensas (aunque mejor hubiese sido a despendas) del ilustre filántropo Franz Brutter; y la otra ceremonia consistió en la inauguración de un puente para vian-

dantes y caballerías, y también para los que son caballerías y viandantes en una pieza, notable obra de ingeniería del estupendo hombre de ciencia (y de paciencia) Otto Kaster.

En ambas inauguraciones se pronunciaron discursos elocuentísimos, se arrojaron flores sobre los monumentos y se soltaron centenares de palomas, y algunos palominos que no hubo manera de evitar.

La nota patética se dió en la inauguración del hospital, pues el filántropo Franz Brutter, aunque es riquísimo, tiene la mala pata de ser ciego de nacimiento, y le produjo hondo dolor no poder ver su obra terminada.

En compensación, al inaugurarse el puente, se desbordó la alegría, sonaron las músicas, cohetes divertidísimos surcaron el espacio y se empezaron a emborrachar varios concejales.

El puente tiene seis ojos.

Y ya creemos haber dejado dicho que el generoso fundador del hospital no tiene ninguno, lo cual explica en parte el disgusto que se chupó al ver (o al figurarse que veía) las injustas desigualdades de este perro mundo.

III

En los teatros de "variétés" a los que concurre poco público, y para atraerle se contratan más cancionistas que las tolerables, se produce el siguiente fenómeno:

Que en la sala no hay más que cuatro gatos.

Pero, en el escenario, el número de gatos aumenta en unas proporciones aterradoras.

IV

El próximo miércoles, día de San Rodavanto mártir, da la cochina casualidad de que no podrán celebrar sus días ninguna de las numerosísimas personas que forman la aristocracia madrileña; y no damos los nombres de todos los que tienen la desgracia de no llamarse Rodavanto, porque la lista sería un abuso indecoroso de larga y no hay para qué molestar a nuestros lectores, que hartos les molestamos sin lista ninguna.



- Espero, marqués, que nos honrará viniendo al baile esta noche.
- Está bien. ¿Smoking? ¿Frac?
- No. Puede usted venir como está.

Dib. XIRINIUS.—Barcelona y Polo.

V

El ejército alemán, como no ignora nadie que haya visto una parada en Berlín o unas maniobras en Spandau, se cubre la cabeza con unos cascos que pesan media arroba, lo cual hace que, cuando se emborracha un soldado, tenga que aguantar, además del vino, el casco, cosa que no le ocurre a ningún guerrero ebrio de otros países más prácticos.

Esas prendas, que brillan al sol con unos resplandores que marean, son por eso mismo la parte más visible de las huestes teutónicas, y no es raro en Alemania oír decir: "¡he visto tres mil cascos!", en lugar de exclamar: "¡acabo de tener el gusto de contemplar tres mil gloriosos soldados!"

Explicado esto, no les costará a ustedes gran trabajo conceder crédito a lo siguiente:

Cuando en Alemania se organiza un tren militar, que además lleva la marcha a velocidad de expreso, no le llaman los alemanes un tren rápido de soldados.

Le llaman un tren ligero de cascos. Como a la hija de mi portera.

VI

En París acaba de tramitarse un divorcio por un motivo realmente fútil, frívolo, estúpido y baladí.

El esposo que lo ha planteado acusa a la mujer de hacer gastos superfluos sin su permiso, y funda la demanda en que ella se ha empeñado en tomar chocolate con un suizo todas las tardes y bastantes noches.

Hay que advertir que el suizo es un robusto relojero de Berna.

VII

En Nueva York ha muerto estos días un conocido gigante, de resultas de haber sido gravemente herido en la cabeza por un aeroplano que marchaba a regular altura.

Tanto por ser el primer atropello de este género, como por el sencillo epitafio que se le ha puesto a la tumba del infeliz gigante, hemos creído oportuno registrar el caso en estas columnas.

El epitafio de la tumba del gigante (que más que tumba es un tumbón) dice así, con sencillez espartana:

¡ALTO Y DESCANSO!

Es imposible que en ninguna de las cinco partes del mundo exista una cosa tan hermosa y tan patética.

ERNESTO POLO

LA PITONISA

Grande ha sido siempre, en todo tiempo y lugar, la influencia que sobre la vida de los hombres han ejercido los caseros, los caciques, las tobilleras y los purgantes, pero en modo alguno puede admitirse comparación con la que ejercieron y continúan ejerciendo los astros. Parece algo incongruente e infinitesimal que los astros, estando tan lejos, puedan ejercer influencia, pero es así; es así de un modo tan categórico como la prosa de D'Ors y el teatro de *Asorin*. Nadie se los explica, pero son así.

No se nos oculta que las grandes figuras, en todos los órdenes, ejercen influencia; por ejemplo, Belmonte, la *Chelito* y Uzcudun. Quizá este último, puesto a ejercer influencia, tenga más que ninguno. Una recomendación de Paulino, firmada con el puño derecho, no se escudaría tan fácilmente. De todos modos, y dicho con todos los respetos científicos y pitonísicos, a mí me parece que cualquiera de los astros anteriormente citados tiene más influencia sobre los hombres que el cometa Halley..., pero...

No hagamos Historia, ¿para qué? Creemos firmemente que hay ya demasiada Historia y consideramos que si nos dedicásemos a hacer más todavía, a los pobres alumnos de Bachillerato de dentro cincuenta años no les daría de sí la vida para poderse *empollar* tanta Historia. Además, que nosotros, haciendo literatura festiva (!), podremos ganar hasta 2,50 pesetas, pero lo que es haciendo Historia ganaríamos una *Karava*.

La influencia de los astros sobre la vida de los hombres tiene en la Tierra un portavoz, un heraldo; una correspondencia directa se ha ejercido siempre entre los astros y el hombre, pasando por la pitonisa. Este es el ser, mejor dicho, la sera, que tiene en este mundo la misión de explicar, predecir y señalar la influencias de los astros sobre los hombres.

Mi amigo Sebastián Martínez—alguna vez los humoristas (!) hemos de tener un amigo cuyo nombre sea normal—tuvo una vez necesidad de solicitar los recursos científico-ocultos de la pistonuda pitonisa *madame Colity*, y al decir ocultos no hacemos mención sino a aquellos relacionados con el ocultismo, porque, tratándose de señoras, los recursos ocultos que puedan poseer, dicho se está que son infinitos.

Sebastián Martínez se encontraba en el mismo caso que ustedes; no vayan a creer que yo sea otro pitoniso, ¡libreme Dios!; quiero decir que tampoco conocía a *madame Colity*, y si se decidió a visitarla fué debido a los muchos éxitos que la referida señora había logrado conseguir prediciendo, entre otras cosas, la falta de corriente en los tranvías madrileños, una sublevación militar en México

y la inutilidad de comprar pieles de ocasión, por ser malísimas, fundándose en aquello de que "la ocasión la pintan calva".

Martínez se agarró a la ciencia de *madame Colity* como el náufrago a un bote, aunque éste sea el que acaba de pegar otro ciudadano náufrago, que lucha desesperadamente a su vera, y lo hizo dispuesto a que le aclarase un *maremágnum* de incidentes, causas y efectos, que le venían haciendo la vida más imposible que el lleno en un teatro.

Madame Colity recibió a Sebastián en

un salto. Al instante de pulsar el timbre de la puerta de su domicilio, salió a recibirle una angelical doncellita—un astro de la *doncellería*—que le introdujo a un gabinete *bleu, avec plusieurs charmants etoffes*, etc... Bueno, seguiremos hablando bien, porque en francés no nos vamos a entender, y además porque en cuanto tuviera que escribir cuarenta y tres palabras diferentes se me terminaría el lenguaje de Molière, y ya no sería el de Molière, sino el de moler..., el molerles a ustedes.

Madame Colity apareció por una de



—¿Tiene usted una armadura para el pequeño?
—Sí, y precisamente una de hoja de lata que le gustará mucho, porque se le hacen "bollos".

Dib. VICENTE.—Madrid.

las puertas a los treinta y siete minutos de angustiosa espera, pues aunque antes aseguré que le recibió en un salto, fué efectivamente en un salto de cama como hizo su presentación ante Sebastián, quien tuvo un mohín de agradecimiento, porque un hombre que está treinta y siete minutos esperando ha de agradecer el que se le recuerde la cama, si quiera sea en un salto.

La pitonisa hizo hasta tres reverencias, que a Sebastián le parecieron demasiada cortesía, y acto seguido le invitó a tomar asiento; si no le invitó a tomar el té fué por habérselo dado ya con la esperita.

—Usted me explicará el objeto de su visita.

—El objeto, señora, lo traigo aquí —dijo señalando la cavidad torácica.

—Veamos, veamos. Se llama usted Sebastián Martínez.

—¡Caramba, qué penetración!
—No; lo he visto en la tarjeta que entregó a la doncella.

—¡Atiza!

—Es usted atrozmente desgraciado.

—Ciertísimo, señora.

—¡Claro, si fuera usted feliz no se acordaría de mí para nada!

—Vive usted con una mujer que no le hace caso en absoluto.

—¡Oh, si usted supiera!

—Me basta con su aspecto. La corbata deshinchada, el cuello de la camisa raceado, los tacones distraídos. Todo esto todavía no es adivinación, es lógica.

—¡Ah!

—Sí. Usted necesita resolver de un modo definitivo un asunto que le tiene trastornada la vida.

—Evidente, evidente.

—Y para ello nada mejor que acudir a una pitonisa de fama.

—Eso he hecho.

—Pues bien, sí, señor; lo resolveremos, y desde este momento en que empiece la consulta es necesario, para seguir adelante, que me abone usted el precio de la misma, que son diez pesetas.

Sebastián se levantó de un brinco y retrocedió dos o tres pasos.

—Cómo, ¿se marcha usted?

—Sí; me marchó indignado.

—¿Por qué?

—¡Cómo que por qué! Usted ni es pitonisa ni es capaz de adivinar nada en absoluto.

—¡Caballero!

—¡A ver; tengo en el bolsillo solamente siete cincuenta, y dice usted que le voy a dar diez pesetas por la consulta!

José SEVER

CHISTES DE TODO EL MUNDO

Ella (tocando el piano).—Esto es la muerte de Sigfredo.

El.—¡Qué terrible muerte la de ese pobre hombre!

(De Faun, Viena.)

—Tome usted esta localidad para la conferencia "Seis meses entre salvajes".
—No tengo necesidad de ir. He estado viviendo veinte años con mi mujer y mi suegra.

(De Lustige Kolner Zeitung, Colonia.)

—Le aconsejo a usted que fume mientras está trabajando. El fumar aplaca los nervios.

—Imposible. Soy buzo.

(De Faun, Viena.)

Muchacho primero.—Tu padre debe ser muy tacaño. Es zapatero y tú llevas los zapatos rotos y viejos.

Muchacho segundo.—No es nada comparado con el tuyo, que es dentista y tu hermanito pequeño sólo tiene un diente.

(De Wrexham Advertiser.)

—He llevado a tal velocidad mi auto, que los árboles parecían formar una valla.

—Pues yo he conducido el mío de tal manera que los postes kilométricos formaban un muro de piedra.

—Pues yo—dijo un tercero—he llevado tal velocidad en circuito cerrado, que he podido ver el número de detrás de la matrícula de mi auto.

(De Pages Gaies, Iverdon.)

El marido.—Vas vestida con el traje más elegante que tienes. ¿A quién vas a visitar?

La mujer.—A mi mayor enemiga.

(De Faun, Viena.)

—Una limosna para este pobre desgraciado.

—Si le di a usted ayer diez céntimos.

—Sí; pero me los gasté en ir a la Ópera, comer en casa Lhardy y dormir en el Ritz.

(De Lustige Blaetter, Berlín.)



El señor de la derecha.—¿Podría usted decirme quién es el difunto?

El otro.—No lo sé; debe de ser el que va dentro del ataúd.

(De Kokkei-bungaku Mangwa, Tokio.)

El aspirante a poeta.—¿Ha recibido usted alguna noticia del efecto que ha producido en el público mi tomo de poesías?

El editor.—Sí; un señor, que tiene el mismo nombre que usted, ha venido a decirme que haga constar que él no es el autor.

(De Birmingham Express.)

Un hombre (a su vecino).—Debía usted vender su perro. Ayer mi hija tuvo que dejar de dar la lección de canto, porque no dejaba de ladrar un momento.

El vecino.—Lo siento mucho; pero su hija empezó primero.

(De Nottingham News.)

—Esto es puré de guisantes y yo le he pedido puré de judías.

—Sí, señor; pero es la especialidad de la casa servir puré de guisantes por puré de judías.

(De Faun, Viena.)

—Su marido es un gran inventor, ¿verdad?

—Sí; la mayor parte de las excusas que él inventa para venir tarde a casa son conocidas de todo el mundo.

(De Nagels Lustige Welt, Berlín.)

Un muchacho estaba con la cabeza en el suelo y los pies en alto, cuando llegó una señora que le conocía y le dijo:

—Eres muy pequeño para hacer eso. No tienes más que seis años.

—Sí, señora—replicó el muchacho, sin cambiar de postura—; pero tengo nueve mientras estoy así.

(De Scarboro News.)

DEL BUEN HUMOR



C U E N T O S J U D I O S

Bloch ha ganado mucho dinero durante la guerra. Posee un magnífico automóvil y un caballo de carreras, de que habla a todo el mundo. Tan rico es, que se le admite en un Círculo de difícil ingreso. Todos le piden consejo para apostar en las carreras.

—Apostad por *Rey Salomón*. Mi caballo ganará el Gran Premio.

Pero—¡ay!—días antes del Gran Premio muere *Rey Salomón* de una neumonía. Bloch no se desconcierta, e imagina un medio de recuperar el dinero que le ha costado su caballo. Por la noche, en el Círculo, anuncia que va a renunciar a tomar parte en las carreras.

—Vendo *Rey Salomón*, o, mejor dicho, voy a rifarlo a cincuenta lises el billete. ¡Bonito negocio para el que gane!

Inmediatamente vende doscientos billetes, y minutos después *Rey Salomón* pasa a manos de otro propietario.

El amigo de Bloch viene al día siguiente en busca del caballo.

¡Ay!—dice Bloch—. Acaba de ocurrir una gran desgracia: *Rey Salomón* ha muerto repentinamente esta noche pasada. No tengo consuelo, mi querido amigo. Pero no quiero que pierda usted su dinero en este lamentable negocio. Tome estos mil francos, que es lo que ha pagado usted por su billete de la rifa, y no hablemos más de este lamentable asunto...

La señora Levy tiene un hijo que debe hacer en breve el servicio militar. La idea de que puedan enviarle a una guarnición del Este la hace sufrir. Un día, en un acceso de generosidad, dice:

—Si mandan a Jacob a París, les daré veinte francos a los pobres.

Un primo de la señora, que cuenta con buenas relaciones, hace que manden al joven Jacob a París. Pero la señora Levy olvida su promesa y no da nada a los pobres.

Uno de sus sobrinos le dice un día:

—¿No prometió usted dar veinte francos a los pobres si Jacob hacía su servicio en París, tía Sara?

—Sí.

—¿Por qué no ha cumplido usted su promesa?

—Porque he decidido lo contrario. Me he dicho: “¿Qué son veinte francos? Nada. Más vale que compre con ellos un billete de la Lotería. Si gano un millón, daré quinientos francos a los pobres.” Ahí tienes la explicación.

Dos pobres judíos, muertos de hambre, andan a lo largo del Danubio buscando modo, primero, de comer; después, de hacer fortuna. De repente, el primero, enseñándole al otro algo que éste trata de ver, le dice:

—¡Hola! Mira: estamos salvados.

—¿Cómo?

—Lee lo que dice este letrero.

—Ya sabes que no sé leer.

—Pues dice: “Se recompensará con cien libras al que salve a un ahogado.” Tú te tiras al agua, yo te salvo, yo cobro el dinero y nos lo repartimos.

El infeliz se arroja al agua.

—¡Socorro! ¡Socorro! ¡Que me ahogo!

—Pero ¿no lees lo que hay escrito en el otro cartel?

—¿Qué es? ¡Dímelo en seguida!

—“Se recompensará con mil libras al que recoja el cuerpo de un ahogado.”

Un judío obtiene de Rothschild cierto día una limosna de cien francos. Aquella misma noche se va a cenar a casa de Paillard. Está comiendo salmón, cuando entra Rothschild.

—¡Cómo!—exclama éste, sorprendido—. ¿Conque ahora cena usted en casa de Paillard? ¡Y come salmón!

—Vamos, señor Rothschild; dése usted cuenta. Adoro el salmón. Cuando no tengo dinero, no puedo comerlo, y cuando lo tengo, le parece a usted mal que lo coma. ¿Cuándo quiere usted que coma yo salmón, entonces?



“Querida mamá: Te escribo en las rocas; Rodolfo, en este momento, está haciendo una excursión por los alrededores...”

(De *London Opinion*.)

EL BUEN HUMOR DEL PUBLICO



Para tomar parte en este Concurso es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente *al pie de cada cuartilla, nunca en una aparte*, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un seudónimo, si así lo advierte el interesado. En el sobre indiquese: "Para el Concurso de chistes."

Concedemos un premio de DIEZ PESETAS al mejor chiste de los publicados en cada número.

Es condición indispensable la presentación de la cédula para el cobro de los premios.

¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuren como autores de los mismos.

AMADOR

FOTOGRAFO

FUERTA DEL SOL, 13

—¿Ves a ese fulano de la boca torcida? Pues en el pueblo le llaman el peón de ajedrez.

—¿...?

—Sí, hombre; anda de frente y come de lado.

Juan Antonio Miralles.

Ventiladores

LOS MEJORES. LOS MÁS
ECONÓMICOS. CON AIRE
ESPECIAL PERFUMADO

RAMON ROMERO

Fuencarral, 68. — MADRID

El premio correspondiente al chiste del número anterior ha sido adjudicado al siguiente:

—¿Por qué está usted preso?
—Por dedicarme a la competencia.
—¿A la competencia?
—Sí, señor; yo hacía la misma clase de billetes que hacía el Banco de España.

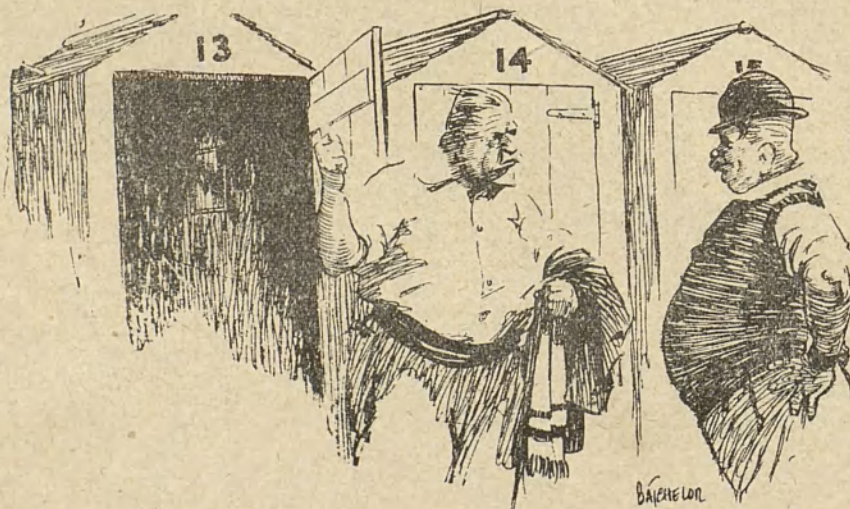
P. P. T.—Sevilla.

TAPAS para encuadernar colecciones
semestrales de

BUEN HUMOR

Se venden en la Administración de dicho semanario al precio de 3 pesetas una.

Se remiten certificadas si al enviar el importe acompañan 0,30 ptas.



—¿Por qué se le ocurre a usted meterme en la caseta número trece estando vacías las demás?

—Porque procuro siempre que esté ocupada por algún señor que tenga mi tamaño para que me sirva su ropa.

(De The Humorist.)

Liborio sale de paseo en compañía de su suegra. Cerca de ellos pasa una carroza fúnebre.

—¡Qué cansada estoy!—dice la suegra.

—Pues por aquí—contesta el yerno—no hay ni coches ni tranvías; pero puede usted montar en esa carroza.

Arsenio Vinagre (Madrid).

En el cuartel:

El capitán. — Si hubiera un motín y yo le mandase disparar contra un grupo de amotinados, ¿qué haría usted?

El recluta.—Disparar.

El capitán.—¿Y si en dicho

ALBERTO

Pulseras de pedida.

7. CARRETAS, 7

grupo estuvieran sus padres?

El recluta.—No dispararía.

El capitán.—¿Por qué?

El recluta.—Porque no habría necesidad. Mis padres murieron hace mucho tiempo.

P. P. LA K. (Echevarría, Vizcaya).

En Méjico a todas las mujeres que se vuelven locas las envían a un ingenio de azúcar morena.

Es el castigo más dulce que se las puede dar.

En una ocasión enviaron diez mujeres completamente enajenadas y hubo que atarlas.

El alcalde decía en la nota: "Le envío diez locas; sírvase devolverme las cuerdas."

X-34. (Madrid).

Cuentos de judíos:

Un viejo muy avaro llevó cierta vez a un laboratorio medical una botellita conte-

niendo orines, para su inmediato reconocimiento.

Al día siguiente pasó para recoger el resultado de las investigaciones; en viéndole, el encargado le notificó que había encontrado una pequeña cantidad de albúmina; y como el viejo se quedara pensativo, quiso consolarle diciéndole:

—Hombre, no se asuste por eso.

A lo que respondió el viejo:

—No me asusto; lo que estoy pensando es de quién se-

Análisis gramatical:

El profesor preguntaba qué es sintaxis a Luisito; el niño no contestaba, azarado el pobrecito.

—Vamos a ver, Desiderio; responde sin vacilar lo que es sintaxis, en serio; déjate de cavilar.

—Sin-taxis, si no me engaño, eso lo sabe cualquiera: "El que marcha por la acera todos los días del año." Puede citarse otro caso en la presente ocasión; la cosa es salir del paso: "Chofer sin colocación."

León Cembrano (Madrid).

Estaban en la puerta de una iglesia pidiendo limosna un cojo y un ciego; y cuando pasaba alguien, el ciego decía:

—¡Caballero! Una limosna, que no lo puedo ganar; y ese que está ahí, cojo, puede trabajar de zapatero.

Hasta que el cojo se harta de oír decir esto, y se adelanta y le dice a un señor:

—¡Caballero! Una limosna, que no lo puedo ganar; y ese que está ahí, ciego, puede trabajar en una noria.

Juan Carrasco (Sevilla).

Entre amigos:

—Chico, me encuentro bastante malo. Anoche no pude dormir.

—¿Y por qué?

—Porque tomé una taza de café. Ya se sabe: cuando tomo café no puedo dormir.

—¡Qué cosa más rara! A mí me sucede todo lo contrario.

—¿Y qué te sucede?

—Nada; que cuando duermo no puedo tomar café.

1 K-ZA-D'OR D-P-CCC.

(Madrid).

Andaluzada:

—Mi pare tenía una gata que la llamaba "la Sara"; y cuando entraban gatos en mi casa se armaba una sara-gata, que no paraba dios en la habitación.

José Antonio Barba García (Sanlúcar de Barrameda).

—¿Cree usted, señor doctor, que resistirán mucho mis pulmones?

—Indudablemente. He tratado ya a muchos como usted, y resistieron hasta la muerte.

Pinfano (Melilla).

Muy lógico:

—En la puerta de un Juzgado había gran número de personas; y el portero, para despejar, dijo en voz alta:

—Los señores que no tengan juicio, hagan el favor de retirarse.

Peluca (Daimiel, Ciudad Real).

CUPON

correspondiente al núm. 456 de

BUEN HUMOR

que deberá acompañar a todo trabajo que se nos remita para el Concurso permanente de chistes o como colaboradores espontáneos.

El colmo de un carpintero: Serrar las tablas de la Ley con la Sierra de Cazorla.

F. Gutiérrez (Alcázar de San Juan).

—Juanitto: préstame veinte céntimos para el tranvía.

—Lo siento; pero tengo sólo dos pesetas en una pieza.

—Bueno; tráelas: iré en taxi.

Kandelas.—Zafra.

En el escaparate de una relojería se leía el siguiente anuncio: "Despertadores sin campanilla."

Un curioso entró en la relojería y, dirigiéndose al dependiente, le dijo:

—¿Me haría el favor de decir para qué sirven esos despertadores sin campanilla?

A lo que contestó el dependiente:

—Sirven para despertar la curiosidad de los tontos.

Fermín Prior (Bilbao).



rán los orines que contienen albúmina.

—¿No eran de usted?—le dijo el encargado.

—¡Cál!, no, señor; antes de venir aquí tuve la precaución de echar un poco de todos los de casa...; y así, con una vez...

Ramón-A. (Barcelona).



La recién casada, al cabo de un mes.—¡Oh, Jorge! ¿Qué hay en el mundo como el amor?

El marido.—Nada, querida, nada... ¿Y qué tenemos para comer?

(De London Opinion.)



CORRESPONDENCIA

MUY PARTICULAR



Marino (Granada). — Esos "gigantes" con jota con que usted nos obsequia nos han sumido en un mar de confusiones, amigo Marino.

Lealmente debemos decirle que no conocemos más gigantes con jota que los "Gigantes y cabezudos" del inmortal maestro Caballero; pero eso no le autoriza a usted a emplear la jota en los suyos, porque ahí suena muy mal.

No nos han parecido bien, y lo sentimos mucho, los dibujos de los perjudicados artistas que forman la lista siguiente.—Antúnez, Villafranca, P. Puño, Líos, J. Novell, B. C. D., Oscar Porta, Aguado, J. O. L. O., Wuhau, Baliga (Barcelona), F. Martínez (Madrid), Chiva (Valencia), Fidiás Orts (Madrid), Muñoz (Alba-

se la suscripción del metálico asignado a sus colaboraciones posibles. Ahora bien: lo que hace falta es que esas colaboraciones lleguen a tener efecto, porque los artículos que usted nos ha mandado con ese laudable fin son dos birrias espantosas con las que no hay manera de realizar el más mínimo negocio.

C. A. M. (Madrid).

Lo que manda este escritor no es muy malo... ¡Es aún [peor!...

J. P. S. (Barcelona).—Si le dijésemos a usted que continuase enviando cosas, le engañaríamos de un modo tan solapado como infame. De for-

ma que lo que le decimos noblemente es que no mande ya más, porque sería perder un tiempo precioso, que usted lo necesitará indudablemente para hacer otras tareas más prácticas. La de cortarse las uñas, por ejemplo.

G. L. R. (Sevilla).—Eso de que el jamón es de procedencia cochina lo hemos dicho aquí muchos años antes de que empezase a caérseles el pelo. Huelga, por tanto, la repetición de tan acreditada antigüedad.

F. M. (Madrid). — Quedan aceptados sus artículos "Los gemelos" y "Un negocio improvisado". Enhorabuena.

Absurdo (Villanueva de la Serena).—Sus "Monerías" no han tenido la suerte de caer en gracia. ¡Otra vez será!

Gonzalo Mariné (Alcoy).

No he visto nada más malo, ni creo que lo verá, que lo que manda Gonzalo Mariné.

E. L. (Madrid).—En efecto, caballero, sus versos titulados "De verano" nos han satisfecho algo más que los anteriores; pero lo que usted se figura que es una ventaja (lo de la actualidad) es un inconveniente, y de los más gordos. Sucede que estamos siempre ahogados de original pendiente de publicación, y no podemos contraer compromisos de fecha próxima con los envíos espontáneos. Sépalo, pues, para que de ahora en adelante trate asuntos de más universalidad y menos oportunismo, pues será la única manera de que podamos llegar a un acuerdo halagador para ambas partes.

Timoteo (Talavera de la Reina).

¿Quiere hacernos el favor, compañero Timoteo, de irse en el acto al paseo que le parezca mejor?

D. P. E. (Torrelodones).—Con un hombre que confiesa que el plato más suculento de la cocina española es el bacalao con patatas, no podemos mantener relaciones artísticas de ninguna especie. ¿Le parece a usted ni medio bien que eso lo diga "un pollo"? ¡¡El absurdo es francamente insufrible, pollito!!

L. S. F. (Valladolid).—El cuento es bastante tonto; pero usted, creyéndose que a nosotros nos iba a parecer una adquisición, resulta muchísimo más tonto todavía.

C. R. V. (Córdoba).

Este artículo marrano que usted titula "El ultraje", es más viejo que mi traje de verano.

"MADRID VIENA"

CAMISERIA DE MODA

M. PEÑA

Montera, 41.—Teléf. 16662

cete), G. Ponce (Madrid), Carboneras (Valencia), Paco (Melilla), L. Lapuerta P. (Madrid), Serraclara (Alicante), C. M. (Bilbao), Camuño (Madrid), Pinfano (Melilla), Xim (Soria), F. Alias (Sevilla), Talafusken (Cáceres), U. Sampedro (Basauri, Bilbao), Jacquot (Madrid), R. Rozas (Llanes), Tocha (Orduña), Pino (Zaragoza), M. F. P. (Guadalajara), Zurbarancete (San Sebastián), Roque Ford (Cádiz), H. N. (La Coruña), Risueñita (Melilla), J. P. Criado, Inglés, A. P. E., Vigorín, L. Suárez, Chicorro, Cero-Cero, S. de T., Labaila, Plumassy, Juan Hernández y El dibujante ignorado.

D. J. T. (Cartagena). — La combinación que usted nos propone no tiene nada de impertinente; y la Gerencia nos comunica que no hay cosa que se oponga a que pueda cobrar-



La empleada de Correos.—Nunca ha habido tanto forastero en el pueblo como estos meses de verano. Hay días que termino después de las diez de la noche de leer las tarjetas postales.

(De The Passing Show.)



CREMA LIDA

RECONSTITUYENTE

NADA COMPARABLE POR SUS MARAVILLOSAS CUALIDADES A LA CREMA RECONSTITUYENTE LIDA, PARA LA CONSERVACION DEL ROSTRO HACIENDOSE IMPRESCINDIBLE EN EL TOCADOR DE TODA MUJER CUIDADOSA DE SU BELLEZA. DA AL CUTIS TERSURA Y LOZANIA.—HACE DESAPARECER LAS ARRUGAS, SURCOS Y DEPRESIONES FACIALES.—SUAVIZA LA PIEL, CONSERVANDOLA DE TODA IMPUREZA.—BLANQUEA Y CONSERVA EL ROSTRO LLENO DE FRESCURA Y BIEN ESTAR.—ES EL ELEMENTO NUTRITIVO DE LA EPIDERMIS, UNICO Y EFICAZ PARA PRESERVARLA DE LOS PELIGROS DE LA INTEMPERIE

Pedid folletos explicativos

DEPOSITARIO
URQUIOLA-MAYOR.1
MADRID

Compañía General de Artes Gráficas.—Madrid.

Ayuntamiento de Madrid

BUEN HUMOR



—Y a la oficina de usted, ¿también van mecanógrafas?

—Sí; de nueve a doce van tres y de dos a cuatro dos.

Dib. GARRIDO.—Madrid.